sido muy fuerte en las demás Administraciones; que a él mismo le sirvió para bajar honradamente en su primer período, y lo mismo en el segundo podía estar seguro. Si estas inteligencias tropiezan, ¡qué extraño es que los que no tenemos ese don cometamos errores!

El caso es que no pasaron muchos días sin estar la política peor que antes, porque el 9 de diciembre en la noche estaba la Artillería (16) atestadita, aguardando órdenes del general Salazar para dar abajo al Gobierno. Calculando el general que correría mucha sangre de sus soldados que tanto lo estimaban, prefirió botar la espada que había empuñado tantos años con valor y honradez. A poco tiempo el general Blanco fué desterrado y siguieron los destierros hasta en el débil cepo.

En fin, don Jesús Jiménez no se desengañó hasta el 27 de abril de 1870, que una revolución, siendo caudillo don Tomás Guardia, lo derrocó.

San Ana, mayo 19 de 1877.

F. T. H.

La versión de Mayorga sobre la fuga del General Cabañas

Hay en nuestros Archivos Nacionales un expediente que contiene cuarenta y siete oficios de la comandancia de armas de Cartago, dirigidos en 1842 al comandante general del Estado. Los leí hace algunos años, pero no pude consultarlos al escribir sobre la retirada, fuga y captura del general Cabañas, por haberse extraviado el expediente. Afortunadamente acaba de aparecer y esto me obliga a tratar otra vez del asunto, porque uno de esos oficios, el que envió el teniente coronel don Pedro Mayorga al general don Antonio Pinto el 14 de septiembre, o sea el mismo a que hago referencia en *Cosas y Gentes de Antaño,* página 90, discrepa, en un punto, de la relación del capitán don Eusebio Prieto, que sirvió de base principal a la mía.

Refiere Prieto haber hablado con Cabañas en el puente de Taras y que don Buenaventura Espinach, don Francisco Giralt y don Félix Sancho intervinieron en la conversación, interrumpiéndola un ataque de las fuerzas josefinas, que motivó la dispersión de la mayor parte de los soldados de Cabañas y la fuga de este general. Mayorga escribe a este respecto: "Antes de concluir debo patentizar a usted que después de apresado el General Morazán y los que lo acompañaban, fuí acompañado del señor Adriano Bonilla a la cuesta de Quircot y allí encontré a Cabañas que con los restos de las fuerzas enemigas aun hacía resis-

(16) El cuartel de Artillería de San José.

tencia; pero en virtud de excitación mía y del señor Bonilla, hecha a algunos soldados que se nos allegaron, quedó tan débil que tomó el partido de fugarse; pero, como he dicho, ya se persigue".

En párrafo anterior del oficio de Mayorga se lee: "El señor Eusebio Prieto y otro oficial de esa ciudad persigue al General Cabañas y a otros oficiales que han podido escaparse con algunos taixiguas armados y no dudo que serán apresados". A su vez el Dr. Montúfar dice que engañado Cabañas en Ochomogo por don Buenaventura Espinach, quien le aseguró que Morazán había partido ya para Matina, se fué solo desde aquel lugar con dirección a este puerto.

Existen por consiguiente tres versiones del motivo que tuvo el general Cabañas para no continuar su marcha hasta Cartago, así como en lo que se refiere al punto en que la interrumpió; pero a mi juicio sólo la de Prieto y la de Mayorga, actores en el suceso, se deben tomar en consideración. La de Montúfar es notoriamente errónea; y por estar consignada en un documento escrito el mismo día del hecho, la de Mayorga es, al parecer, la que merece más crédito. Con todo, la de Prieto, a pesar de esta circunstancia, no se debe tener como falsa o inexacta y para esto me fundo en las siguientes razones:

Mayorga dice que encontró a Cabañas en la cuesta de Quircot, mas no que hablase con él. En efecto, según reza su oficio, había en esta cuesta una avanzada a cuya vista se detuvo seguramente Cabañas para reconocerla, a fin de saber si era amiga o enemiga. Por su parte Mayorga no debe de haber ido más allá de la posición ocupada por esta tropa, que él había destacado desde la plaza de Cartago, y allí fué sin duda donde se le allegaron algunos soldados del general hondureño, que sólo pudieron ser cartagineses ansiosos de saber lo que sucedía en su pueblo, o tal vez enviados para indagarlo. Se comprende que Mayorga, por su defección de la noche anterior, no tuviese ningún deseo de que Cabañas le viese la cara, como no se la vió Morazán a su llegada a Cartago pocas horas antes. La situación de Mayorga era muy embarazosa. Había vuelto la espalda a sus amigos en desgracia, pero no al extremo de hostilizarlos. En su referido oficio, escrito después de la entrada de los josefinos en Cartago, dice que había apresado a Morazán, aseveración incierta o cuando menos dudosa. Permitió que su mujer le hospedase en su propia casa, dejándolo allí abandonado a su suerte, siendo lo más probable que hiciese lo mismo con Cabañas en la cuesta de Quircot. Por otra parte no tenía la fuerza necesaria para cerrarle el paso ni la voluntad de hacerlo.

Habiendo regresado Mayorga a Cartago con el piquete que estaba en la cuesta de Quircot, Cabañas debe de haber avanzado hasta el puente de Taras, situado a muy corta distancia, donde se entrevistó con Prieto, enviado por el segundo comandante Freses Ñeco, en quien depositó Mayorga el mando de la plaza a su regreso a Cartago. Por otra parte la versión de Montúfar, no obstante su escaso valor histórico, confirma la de Prieto en cuanto al hecho de haber hablado Espinach con Cabañas, dato que sin duda le fué suministrado al historiador, en la forma que éste lo refiere, por alguna persona no bien informada o malqueriente de Espinach.

Como quiera que fuese, las versiones de Mayorga y de Prieto concuerdan en cuanto a la causa que obligó al general Cabañas a desistir de su marcha hasta Cartago: la de haberle abandonado una parte de su tropa. Tan sólo difieren en lo tocante al motivo de este abandono, atribuyéndolo Mayorga a la deserción de "algunos" soldados, provocada por él y don Adriana Bonilla, y Prieto al ataque de la vanguardia josefina, que tuvo como consecuencia la dispersión de la mayor parte de la fuerza de Cabañas. Me inclino a creer que una y otra versión se ajustan a la verdad; es decir, que después de haber desertado algunos soldados en la cuesta de Quircot, se desbandó la mayoría de los restantes en el puente de Taras.

Lo que sí me parece ya fuera de duda es que don Buenaventura Espinach no tuvo la culpa de que Cabañas renunciase a socorrer a Morazán, cargo que ha venido pesando injustamente sobre su memoria desde la publicación de la *Reseña Histórica de Centro América* del Dr. don Lorenzo Montúfar.

Aprovecho la oportunidad para rectificar dos errores de poca monta relativos a los sucesos del mes de septiembre de 1842. Siguiendo la relación de Prieto, dije en *La captura del general Cabañas* que aquel oficial regresó a Cartago con su prisionero a las nueve de la noche del 15 de septiembre, siendo así que esto fué a las siete de la tarde, como lo informa el comandante Freses de Ñeco al general Pinto en oficio fechado en la noche del mismo 15. Dije también en *La misteriosa muerte del general José Miguel Saravia* que Mayorga envió desde Cartago una fuerza en auxilio de Morazán, la que fué derrotada por los insurrectos entre Curridabat y San Pedro de Montes de Oca. Según Montúfar esta fuerza la mandaba el general salvadoreño don Francisco Ignacio Rascón; pero en documento que tengo a la vista consta que iba a las órdenes del mismo Mayorga, aunque casi se puede asegurar que le acompañaba Rascón, porque este general se encontraba entonces en Cartago con algunos otros jefes y oficiales de los que trajo Morazán. El combate se libró en la mañana del 13 de septiembre.

R. Fernández Guardia

Don Manuel Josef de Ayala

Hace treinta y ocho años, en mayo de 1899, tuve la buena fortuna de hallar en el Archivo General de Indias de Sevilla una Representación dirigida a Carlos IV por el panameño D. Manuel Josef de Ayala, fechada en Madrid el 3 de enero de 1794. Ayala, ministro de capa y espada del Supremo Consejo de las Indias en el que había servido durante treinta y dos años, expone en esta Representación la calidad y el número de sus obras sobre Legislación de Indias y otras materias, que en aquella fecha alcanzaban a 400 tomos manuscritos en folio.